

Salía medio mareado por el humo del templo chino, cuando á tres pasos oí la voz de Francisco G. del Palacio.

—¿No se los dije á vdes? decía; yo sabía que por aquí andaba *Fidel*. . . . ¡Hola! eh! por aquí, Guillermo.

Eran Francisco, M. Collen y otros amigos que andaban en mi busca.

—¿Qué se ofrece? estoy á la disposición de vdes., dije á mis amigos.

—Aquí hacemos á vd. prisionero, dijo con excelente humor M. Collen. De frente, marchen!

Me despedí á toda prisa del coronel, mi guía, y seguí obediente la voz de mando.

Anduvimos no sé cuántas cuadras, dimos vuelta por callejones y vericuetos embarazados con carros, cajones vacíos y no sé cuántos despojos más, y nos detuvimos en una especie de bodega, toda travesaños y escaleras, cordeles de elevadores y signos de tragin extraordinario.

En uno de los lados de la bodega, formado de latas, había un departamento dividido en dos secciones: en uno, gran caja de fierro, mostrador para contar dinero y grande aparato de escritorio; en el otro, mesas, sillas, bitoques, canillas y varios instrumentos de esos que extraen los vinos de los barriles, y que no recuerdo cómo se llaman, y no soy yo quien me he de estar diez minutos con la mano en la mejilla para atinar con el nombre.

Por negada que sea la persona, conoce con esas señas que se trata de empinar el codo. . . . Así era en efecto. . . . y para quitar dudas, el dueño, á nuestra entrada, nos recibió con sendas charolas repletas de copas, con vinos de todos colores y de todos los nombres conocidos.

Acogióse aquel recibimiento con regocijo, no porque hubiese copólogos en nuestra comitiva, sino por los sacerdotes de aquel templo, esto es, adeptos apasionados, de nariz escarlata, ojos llorosos y alegrones, franco reir y vientres prominentes.

Aquel era el jubileo de los vinos; la California del licor del Tokay al Jerez y al Chacoli; desde el Burdeos y el Champaña, hasta el Joanisbert y el *Lacrimæ Christi*. ¡Qué magnificencia de *beberecua*, como diría un pèlado de mi tierra! Por supuesto todo era allí técnico: por aquí se hablaba del buen *bouquet*; por allí de que estaba muy cabeceado; más adelante de la preeminencia del Jerez; de la excelencia del Burdeos para las familias; de la virtud del Rhin, porque dizque no ataca al cerebro. Hicimos los honores á las copas, y nos dispusimos á visitar la riquísima fábrica.

Eran océanos, que no pipas ni tanques de vinos, colocados en secciones, los que nos iban enseñando, explicándonos peculiarmente cada elaboracion al pié del edificio, porque así podía llamarse cada una de aquellas tinas.

Entre los que se agregaron de la calle, sin saberse cómo, á nuestra comitiva, y se entraron con nosotros á la fábrica, iba un jóven de poco ménos de veinticinco años, blanco, robusto, sin ser obeso, de tez femenil, de hermosos ojos azules, de desordenado y delgado cabello rubio sobre la angosta frente.

Tenia sombrero ancho á la mexicana, chaleco de lienzo, una mascada azul detenida por un anillo de diamantes por corbata, ajustado pantalon y zapato de gamuza: era el yankee neto; pero, segun me dijeron, estaba perdidamente enamorado de una mexicana, y Coelupaita (*Guadalupita*), lo volvía loco.

Este chico, por otra parte muy servicial y amable, aunque bobalicon y sincerote, se apoderó de mí y no me dejó imponer de todos los grandes misterios del templo de Baco.

—Cuando vienes tú por mi casa, me decía, yo prepara mis botella de pulque por tu chocolata.

—Muchas gracias!

—Tú nos vende los mecsicana Sonora, y yo voy allá por Coelupaita . . . .

—Excelente idea . . . .

—¿Está cierta que las señorita de Mecsico tienen navaca por el amor . . . .

—Hombre! qué me está vd. diciendo? las señoritas mexicanas son de lo que vdes. ni sospechan de finura y amabilidad.

—*Oll rihgt*, ¿cuando baila su palomito?

—Hombre! ¿pues qué no ve vd. aquí que las mexicanas dan el tono de buen trato y delicadeza?

—Esas está ya americana, and habla yo de la casa de tu tierra . . . .

—¿Y todos vdes. andan en dos piés? me dieron ganas de decirle.

La comitiva proseguía: íbamos por dilatadísimos subterráneos, alumbrados por gas; las paredes del subterráneo las componían grandes armazones llenos de cientos de miles de botellas.

—En tu tierra, me decía M. Foolisch, que este es su nombre, toda la lampara está ocota . . . .

—Toda, le decía yo, y está bruta . . . . (me iba amoscando aquel maldito que se moría por mí).

Llegamos á un punto donde unos chinos estaban fabricando el Champaña: llegar los cascós, llenarlos, revolver el dedo en el vino del cuello, taparlo con unas maquinatas y volverlos al carro conductor, era obra de un instante.

—Dicen que todo lo suegro é suegra de tu tierra está como un pero de rabias . . . . ¿é por qué están robadoras las señoritas mecsicanas?

—Yo veo que vd. es incapaz de ofendernos; pero ni vd. conoce México, ni sabe lo que está diciendo, y le solté un *espiche* que lo dejé espantado.

Entónces medió uno de los que venían con M. Collen, y nos dijo que aquel jóven era del Kentucky, hijo de buena familia, que se había apasionado de una mexicana y que no tenía más noticias de México que las comunes á la gente vulgar de los Estados-Únidos, que es mucha.

Así, estaba creído en que nos desayunábamos con tortillas con chile . . . . que hombres y señoras pasan el día sentados al sol con sus guitarritas, en el bosque de Chapultepec . . . . que en los ridículos cargan los tamalitos y que son capaces de robarle la dentadura postiza á cualquiera que pasa con la boca cerrada. Sobre todo, él delira con ser padrecita ó general, que le parece que es lo único que puede llenar el ojo á Coelupaita.

Después de hacer las paces con M. Foolisch, á quien fué forzoso considerar como una especie de salvaje blanco, nos unimos á nuestros compañeros que estaban en una verdadera oficina . . . . de nuevo género.

En grandes estantes, con cuidadoso esmero, había tapones, alambres, lacres, sellos, y sobre todo, variadísimas etiquetas para hacer los pasaportes de la falsificación de todos

los licores, porque realmente se trataba de una gran negociacion de falsificaciones.

—Aquí tiene vd. todos los sacramentos del Burdeos: nada le falta para Chateau Laffite: esta marca, este lacre, estos tapones . . . para San Vicente esta imprenta más tosca; para el Champaña esta cubierta, estas botellas, este estaño; y vea vd., el cometa Cliquot, exactísimo. Aquí tiene vd. el Jerez que enloquece á los ingleses . . .

Y todo se decía con tal desenfado, en tono de tan plena legalidad, que yo estaba, lo mismo que mis compañeros, aturdido.

—Las ventas son locas, decía el dueño; muchos prefieren el Champaña de aquí al de por allá.

Después de nuestra excursion, volvimos al despacho.

Allí volvieron las copas á despedirnos con mayor ostentacion.

M. Foolisch, que trataba de desenojarme, me dijo:

—Toma este vinito dulce y haz cuenta de que está Tlachico, del que te bebe en Meccico con tus señoritas.

—Así bebiera vd. arsénico, para no decir tanta atrocidad.

Despedímonos del dueño de la fábrica y de los sacerdotes del templo de Baco.

Durante nuestra monótona comida promoví la cuestion china, que me traía profundamente preocupado.

—Pero, véamos, me decía uno de los compañeros, tú cómo consideras la cuestion?

—Yo, así en extracto, les diré que la veo como cuestion de concurrencia de salario; el chino trabaja más barato, quita el trabajo al yankee.

—Pero bien, esa baratura cede en beneficio público; sin

los chinos no se habrían efectuado las grandes obras de que se vanagloria California; por otra parte, ese odio es consecuente con la doctrina proteccionista; nada más perjudicial á una industria atrasada que un obrero adelantado.

—Entonces, échele vd. un galgo á las cuestiones de colonizacion.

—Yo aborrezco á los chinos, porque los chinos no tienen mujeres . . . ya vdes. lo ven, chinas perdidas es todo lo que aquí se conoce.

—Pues todo eso tengan vdes. en cuenta: el chino se incrusta en un pueblo, sin asimilarse jamás, ni perder su tipo, ni consumir nada . . . ya lo ven, vdes.: vestidos, zapatos, frutas, legumbres, trastos, lienzos, dioses, todo se trae de China, y habitantes así, sin cohesion, más bien son un elemento disolvente en un pueblo . . .

—Eso lo produce la persecucion: otra cosa sería con la paz . . .

Hablábamos en estos términos, poco más ó menos, cuando me dijeron que un caballero que habia preguntado por mí, se paseaba al frente de mi cuarto.

Subí precipitado: era el finísimo Sr. Gaxiola.

—Ha concluido vd.? yo no deseo molestarle, puedo esperar.

—Vd. no puede molestarme jamás, pase vd.: no quiere vd. tomar café con nosotros?

—No, *Fidel* querido, mil gracias; como los tiempos se acercan, he querido que vea vd., aunque no está concluido, el "Bwilden Hotel" ántes de nacer, anunciado como el rey de los hoteles de San Francisco.

—Vamos allá, dije . . . y salimos á la calle.

—Ya tendrá vd. noticia, me dijo el Sr. Gaxiola, de que Mr. Baldwin es uno de los pocos hombres de mérito con quien ha sido justa la fortuna.

—No estoy en pormenores, repliqué, de la vida de este caballero; sé que es del Ohio; que desde 1853 reside en California y que ha sido tan atinado y feliz en sus negocios, que siempre se le menciona con el sobrenombre del "afortunado Baldwin."

Llegamos á la calle del Mercado, en la union de las de Ellis, Powel. . . de luego á luego me pareció el edificio de rara grandiosidad.

—Su frente, me dijo G\*\*\* en esta calle, es de 210 piés, y en la Porwel, por donde está la entrada, 275.

Volteamos á la calle de Powel, y abracé entónces en su conjunto el monstruoso edificio.

El Hotel Baldwin tiene seis pisos, y 162 piés de alto; es una manzana como de una pieza, alta como las torres de Catedral, y con sus cuatro fajas de nichos ó ventanas á los cuatro vientos.

Y si he dicho seis pisos, es porque las cuatro fajas de ventanas, descansan en esas portalerías de cristales, que tienen sus columnas y pórticos salientes y que hacen aparecer como en el aire el edificio.

Además, el subterráneo es un piso en forma, y ese, como se deja suponer, no está á la vista.

Pero lo que se ve es, en las alturas del hotel monstruo, otra especie de ciudad en las nubes, con sus edificios, sus torres, sus rotondas, sus linternillas, sus cúpulas, un verdadero tumulto de prominencias, que se las disputan con acueductos y con extensos lagos, pues no pueden llamarse tanques los

depósitos que existen verdaderamente en la region de las aves.

Las cúpulas son de tal magnificencia, como la de nuestra iglesia de Santo Domingo y Loreto, y pudiera dar ligera idea de su forma, la cúpula del Señor de Santa Teresa de México, ó la del Cármen de Celaya.

Penetramos al interior del hotel; pero ¡qué! si aquello era una Babilonia incapaz de dejar que se juntaran dos ideas.

Suspendidos en los aires, brotando del suelo, embarrados á las paredes, encaramados en escaleras, colgando de los techos, por todas partes habia carpinteros, herreros, hojalateros, pintores, tapiceros, cargadores y traficantes, entre un ruido, superior á toda ponderacion, al redoble de tambores y al repique, á un altercado de costefios y á un ¡al hígado! de muchachos desaforados.

Virutas, pedruscos, retazos de lienzos, cubetas, carrillos, obstruian el aire y el piso, y sin embargo, se perdía la vista en corredores espaciosos, salones, rotondas y bóvedas de una grandiosidad indescriptible.

G\*\*\* me decia:

—No nos engañaron: la arquitectura es del estilo frances del renacimiento. Esas columnas corintias, esas cornisas del gusto clásico, son airosas y correctas.

En este primer piso, como vd. lo ve, revestido de mármol, está el despacho, la biblioteca, los *bar-roms*. Esta escalera que va del primero al segundo piso, como vd. ve, toda es de mármol; tendrá poco ménos de diez varas; las balaustradas son de maderas finísimas de varios colores.

Subimos la escalera, y en el segundo piso me dijo, al frente de un salon con grandes ventanas y columnas:

—Este es el comedor: tiene más de cincuenta varas de largo, por doce de ancho. Como vd. ve, está dividido en varios departamentos. Hay otro comedor preciosísimo para los niños.

Todo ese laberinto de salones de este segundo piso son piezas de recepción, para negocios, tertulias y solaz de los huéspedes.

—Y los pisos superiores?

—Los pisos superiores son viviendas, porque este propiamente es un hotel para familias.

Cada una de las viviendas de esos pisos, continuó mi amigo, tiene cinco piezas, que son: dos recámaras, una sala, un cuarto para vestirse y un riquísimo tocador. Comunican extensos corredores todo el edificio y se concentran en la escalera principal, escaleras privadas y elevadores haciendo calle por los aires, de arriba para abajo y de abajo para arriba.

En cada grupo de piezas hay sus linternillas, que dan luz, aire y sol á todas y cada una de las piezas.

Tomamos uno de aquellos elevadores ó *simones* del aire, y subimos al techo.

A mí se me volteó el mundo al revés, porque me encontré en una inmensa calzada y tenía á mis piés la ciudad, la bahía y los paisajes deliciosos de los alrededores de San Francisco.

Cuando ménos lo esperaba, y en lo más alto de una torre, ¡señores de mi alma! que me voy encontrando una pequeña pieza, elegantemente tapizada, con primorosos muebles, y en medio de todo esto, dos ó tres mesas de billar, ¡adivinen! . . . para las *ladies* (ya aprendí á escribir el plu-

ral), para ellas, y tacos á propósito para sus . . . ya iba yo á decir manecitas; pero no, para sus manos de marfil.

Al rededor de la estancia etérea, prisioneras en sus jarrones las más exquisitas flores, envían sus suspiros de perfume á los campos y á los mares, y el sol poniente, rompiendo sus reflejos en los cristales de las cúpulas, centuplica su luz como para caer en lluvias de centellas en aquella mansion de las hadas.

Preguntando por el subterráneo donde no quise descender, me dijo G\*\*\* que allí están las piezas de los almacenes, carnicerías, lavaderos, máquinas de vapor, bombas y calderas.

Un elevador particular comunica la cocina con el segundo piso, y así se hace el servicio perfectamente.

La protección contra el incendio es completa; hay telégrafos para dar toques de alarma, luego que se eleva la temperatura de un modo desusado en cualquier departamento: cruzan tubos enormes en todas direcciones, y en un momento dado, cúpulas, torres, acueductos, etc., pueden convertirse en caudalosas cataratas é impetuosos ríos, que sin comprometer la vida de los habitantes del hotel, vierten 100,000 galones de agua, que son los que acopian día á día los pozos y los tanques.

Estos son de una magnitud tal, que me llamó la atención de cómo no los han hecho navegables aquellos caballeros para recreación de las señoritas.

Mr. Alexander Macabee es el superintendente del edificio, y coadyuva con gran inteligencia á las ideas de Mr. Baldwin.

Hay una particularidad en este hotel, y es que cada de-

partamento tiene su provision de gas separada, y bajo una sola y constante inspeccion.

La campana para llamar á todos los cuartos de cada piso, está colocada en una estacion central del corredor, que comunica con el despacho por medio de un pequeño elevador particular.

Hay una persona en constante expectativa de esta campana, para hacer acudir al llamamiento de los huéspedes.

Haciendo observaciones á mi amigo sobre lo muy costosa que deberia ser la vida en aquella mansion, me aseguró que el cálculo estaba hecho de manera que el costo fuese menor de lo que seria en una habitacion comun.

Por supuesto, que solo he podido describir el cuerpo muerto del hotel: cuando se tendrá verdadera idea de su magnificencia será cuando palpité en él la vida y surja una poblacion entera en el auge de la opulencia, y por decirlo así, en el corazon de una gran ciudad.

Al salir del hotel volví á fijarme en el *Conservatorio de Música* de Baldwin, que está inmediato al hotel y que es un ornamento de la ciudad. El teatro, porque eso es propiamente, puede contener 1,700 personas.

El arquitecto que ideó y dirigió el hotel y el teatro, es M. Jhon A. Renier, y el pintor de todos los hermosos frescos es un artista de New-York, llamado Garriboldi. La obra de pintura costó treinta mil pesos.

El importe total de la obra del Conservatorio excede de dos millones de pesos, habiéndose pagado solamente por la pintura de la cúpula del teatro diez mil pesos; por uno de los telones, seis mil, y por cada uno de los dos candiles que están á los lados del palco escénico, tres mil cuatrocientos pesos.

Segun estos antecedentes, el auge y la preponderancia de la música deberian ser extraordinarios; y aunque en todas las casas hay pianos y es ramo de educacion el conocimiento del arte divino, no se hace sensible el buen gusto como en México, ni se habla de compositores de alta nombradía, como hay novelistas y poetas.

Ahora, si dicen vdes. que tanto trabajo y tanto apunte es paseo. . . . me calumnian cruelmente mis lectores.